Red Mundial de Oración del Papa

Semana Santa

La tradición no se rinde



«Si Jesucristo es el salvador, las personas de esta sociedad han de poder encontrar en él, no sólo la salvación futura, lejana y desdibujada, sino también algo bueno para vivir ya ahora. Algo que la ciencia, la técnica o el progreso no pueden proporcionarles»

BOLETÍN No. 61 **ABRIL 2025**

ÍNDICE

EDITORIAL 3

INTENCIONES DE ORACIÓN DEL SANTO PADRE, ABRIL 2025
"POR USO DE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS" 5

JUEVES SANTO
1. EXPERIENCIA DECISIVA 10
2. HACER MEMORIA DE JESÚS 11

VIERNES SANTO
1. LA CRUZ COMO SEGUIMIENTO DE CRISTO 18
Poema: ME DUELE EL GRITO DE LOS HOMBRES… ¿LE OYES? 20
2. ACTITUD CRISTIANA ANTE EL SUFRIMIENTO 21
Poema: MARÍA 25

DOMINGO DOMINGO DE RESURRECCIÓN
ESPERAR CONTRA TODA ESPERANZA
1. LA RESURRECCIÓN DE CRISTO FUNDAMENTO DE ESPERANZA..... 28
LA ESPERANZA CRISTIANA HOY ENRAIZADA EN CRISTO 30
2. ESPERANZA CRUCIFICADA 32
Poema: LA LUCHA NO ES VIOLENCIA;
VIOLENCIA ES TU BONDAD 34

SEMANA SANTA, CONCLUSIÓN
EL DESIGNIO DE DIOS 36

VENERABLE MADRE EMILIA DE SAN JOSÉ.
PROCESO DE BEATIFICACIÓN 37

CASI LA MITAD DE LA HUMANIDAD CORRE EL RIESGO DE
DESAPARECER EN ALGUNAS DÉCADAS… ***Leonardo Boff*** 38

UN PLANETA CUBIERTO DE VENDITAS
Y DE ESPARADRAPO. ***Leonardo Boff***..... 43

REFLEXIÓN / CONTACTOS..... 47

ÁLVARO LACASTA S.J.
Director Nacional de la Red Mundial de la Oración del Papa. VENEZUELA

EDITORIAL

En un año el mundo ha cambiado mucho, pero el ser humano sigue necesitando de la **seguridad y de salvación**. La sociedad moderna parece oír hoy en torno a dos polos.

Por una parte, crece el anhelo de un futuro que debería ser más humano, más sano, más seguro, más libre, más justo y feliz para todos. Por otra parte, se percibe cada vez más un miedo difuso a un porvenir incierto y nada claro y seguro. El ser humano sigue conquistando a través de la investigación logros insospechados en poco tiempo, en pocos años. Sin embargo, se extiende la convicción de que nunca podremos darnos a nosotros mismos: la «Salvación» que andando buscamos.

De manera más o menos consciente, muchos hombres y mujeres reclaman hoy algo que no es tecnología, ni técnica, ni ciencia, ni doctrina religiosa, sino un mundo diferente de vivir, una experiencia nueva de la existencia. Y nos preguntamos: ¿Quién nos puede motivar el camino acortado o señalar la dirección correcta y buena? ¿Quién la conoce? ¿Quién nos puede ayudar a descubrir esa verdad interior que libera y hace vivir?

Los investigadores afirman que Jesús anunció y comunicó a Dios como buena noticia. En los diferentes temas del Boletín procuro

responder en las distintas reflexiones de Semana Santa a ese tipo de preguntas. Y sigo preguntándome: ¿Por qué pudieron aquellas gentes de Galilea percibir, en el mensaje y la actuación de Jesús, a Dios como algo nuevo y bueno? ¿puede hoy Dios en la **sociedad moderna**, ser percibido como una **noticia buena**? ¿Qué tiene que suceder para que Dios pueda ser intuido como una buena noticia y nueva por los hombres y mujeres de hoy? **La Tradición no se rinde**.

Álvaro Lacasta S.J.





INTENCIONES DE ORACIONES DEL SANTO PADRE CONFIADAS A LA RED MUNDIAL DE ORACIÓN, ABRIL

POR EL USO DE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS

Oremos para que el uso de las nuevas tecnologías no reemplace las relaciones humanas, respete la dignidad de las personas, y ayude a afrontar las crisis de nuestro tiempo.

Hacerse entender por una máquina no es comparable a mantener una conversación con una persona real. En lugar de imitar la inteligencia humana, los sistemas de IA acaban haciendo un trabajo de manipulación de datos que a un humano le resultaría extremadamente tedioso. Somos demasiado inteligentes para perder el tiempo con esas operaciones. Como me dijo una vez Cliff Stoll, un viejo amigo –y experto en informática– que conocí en mis tiempos de estudiante de astronomía: «Los datos no son información, la información no es conocimiento, el conocimiento no es comprensión, la comprensión no es sabiduría». Los ordenadores todavía están en el primer paso: sólo tratan con datos; están muy lejos de la sabiduría. (…) Hoy, el MIT tiene un Departamento de Ciencias Cognitivas y del Cerebro, con una página web en la que se afirma que estas ciencias someten al cerebro a un proceso de ingeniería inversa. Es cierto que han hecho un trabajo

extraordinario al trazar el mapa del funcionamiento del cerebro, pero ese mapa no puede recrearse simplemente con un conjunto de chips de silicio. La ciencia cognitiva es un departamento aparte, con un conjunto de tareas diferentes a las de la IA. Y aunque los neurocientíficos y los programadores de IA se comunican entre sí, no es en absoluto seguro que estén haciendo realmente lo mismo. (…)

¿Qué es la inteligencia? Esta es una pregunta para filósofos y, quizás, para teólogos. A este respecto, creo que podemos partir de Tomás de Aquino, que subrayó la importancia del intelecto y del libre albedrío en el ser humano. En otras palabras, se puede pensar en el alma como una entidad capaz de ser consciente tanto de sí misma como de las cosas fuera de sí; y entonces es libre de elegir qué hacer con el conocimiento acumulado, y cómo interactuar con otras entidades. Nótese que esta «alma» no tiene masa, no ocupa espacio. A diferencia del libro del ejemplo anterior, el alma no está sujeta a las leyes de Newton, pero es muy real.

¿Qué nos enseña todo esto? Que lo que el ordenador contiene y muestra carece por completo de sentido sin alguna entidad fuera de él que sea capaz de dar sentido a lo que ve en la pantalla. Y esa entidad debe tener conciencia, intelecto, libre albedrío, alma. Los datos no son información, no son conocimiento, no son sabiduría. Una programación hábil puede permitir a los ordenadores igualar, y a veces superar, a los seres humanos en algunos casos. Pero los propios programadores, como mi amigo ingeniero Jerry, saben muy bien que lo que hacen los ordenadores no tiene nada que ver con la inteligencia.

Guy Consolmagno sj. Director del Observatorio Vaticano,
"Temores y esperanzas frente a la inteligencia artificial"

Comentario Pastoral

Hay ciertos peligros con las cosas que se ponen de moda, como ahora ocurre con la Inteligencia Artificial. Hay quien cree que sustituirá al ser humano y gobernará el mundo más allá de lo que le hayan programado. Falso: el cerebro humano está muy por encima de sus propias creaciones, pero la IA puede ser usada para dominar y aprovechar sus ventajas, en perjuicio de quienes se ven sometidos a los que la manejan. Las relaciones humanas no deben de ninguna manera estar sometidas a las máquinas. El alma humana es muy superior y puede relacionarse con los demás de mil formas: expresando amor, cariño, comprensión, enseñanza, consejo… y también confiarse en los que quiere, manifestando duda, ignorancia, deseos muy variados, y anticiparse a las expresiones de los que ama.

Una forma de respetar a los demás es atenderles, mostrarse receptivo, y eso se logra mirándoles a los ojos, no anticipando respuestas, hablar con un tono afectuoso y no agresivo. A los niños y jóvenes tenemos que educarles para que no estén todo el santo día pendientes de los celulares, porque eso les aísla de los familiares y compañeros, los mete en un mundo propio, desinteresado y autista.

En el discurso que el Papa dirigió en julio del año pasado a los líderes del G7, el Pontífice aseguró que la Inteligencia Artificial es fruto del potencial creativo otorgado por Dios y resaltó su influencia en áreas vitales como la medicina, la educación y la política. Precisamente la medicina está asistiendo a grandes avances gracias a esa herramienta. Francisco reconoció a los líderes del G7 que la inteligencia artificial puede facilitar un acceso más equitativo al conocimiento y avanzar significativamente en la

investigación científica. Además, puede aliviar a los seres humanos de tareas laborales agotadoras. Al mismo tiempo, advirtió de sus peligros, señalando que «la inteligencia artificial puede ser un instrumento de gran beneficio, pero su uso indebido podría conducir a una mayor inequidad y a la exclusión de los más vulnerables». Y concluyó afirmando: ''En un mundo cada vez más complejo, necesitamos una política que pueda liderar y garantizar un uso responsable de la inteligencia artificial, para que esta contribuya a un futuro más justo y esperanzador para todos''.

P. Fco. Javier Duplá sj.



CANCIÓN DE LA MUERTE

Yo espero a la muerte como se espera al amado.
No sé cuándo vendrá,
ni como vendrá.
Pero yo espero,
y no hay miedo en esta expectación,
hay solamente ansia y curiosidad.
Porque la muerte es una puerta
que se abre hacia parajes
desconocidos,
pero imaginados.
Como el amor,
nos lleva hacia otro mundo.
Como el amor
comienza para nosotros otra vida
diferente de la nuestra.
Yo espero a la muerte como se espera al amado.
Porque sé que un día llegará
y me recibirá en sus brazos amigos.
Sus labios fríos tocarán mi frente,
y bajo su caricia
me adormeceré el sueño de la eternidad.
Como en los brazos del amado
y ese sueño será
un resurgir.
Porqué la muerte es la resurrección,
la liberación,
la comunicación total
con el amor total.

(Poema inédito, escrito a los 22 años de edad)

Jueves Santo

1. EXPERIENCIA DECISIVA

Como es natural, la celebración de la misa ha ido cambiando a lo largo de los siglos. Según la época, los cristianos han ido destacando algunos aspectos y descuidando otros. La misa ha servido de marco para celebrar coronaciones de reyes y papas, rendir homenajes o conmemorar victorias de guerra. Los músicos la han convertido en concierto. Los pueblos la han integrado en sus devociones y costumbres religiosas…

Después de veinte siglos puede ser necesario recordar alguno de los rasgos esenciales de la última cena del Señor, tal como era recordada y vivida por las primeras generaciones cristianas.

En el trasfondo de esa cena hay una convicción firme: sus seguidores no quedarán huérfanos. La muerte de Jesús no podrá romper su comunión con él. Nadie ha de sentir el vacío de su ausencia. Sus discípulos no se quedan solos, a merced de los avatares de la historia. En el centro de toda comunidad cristiana que celebra la eucaristía está Cristo vivo y operante. Aquí está el secreto de su fuerza.

De él se alimenta la fe de sus seguidores. No basta asistir a esa cena. Los discípulos son invitados a «comer». Para alimentar nuestra adhesión a Jesucristo necesitamos reunirnos a escuchar sus palabras e introducirlas en nuestro corazón; necesitamos acercarnos a comulgar con él identificándonos con su estilo de vivir. Ninguna otra experiencia nos puede ofrecer alimento más sólido.

No hemos de olvidar que «comulgar» con Jesús es comulgar con alguien que ha vivido y ha muerto «entregado» totalmente a los demás. Así insiste Jesús. Su cuerpo es un «cuerpo entregado» y su sangre es una «sangre derramada» por la salvación de todos. Es una contradicción acercarnos a «comulgar» con Jesús resistiéndonos a preocuparnos de algo que no sea nuestro propio interés.

Nada hay más central y decisivo para los seguidores de Jesús que la celebración de esta cena del Señor. Por eso hemos de cuidarla tanto. Bien celebrada, la eucaristía nos moldea, nos va uniendo a Jesús, nos alimenta con su vida, nos familiariza con el evangelio, nos invita a vivir en actitud de servicio fraterno y nos sostiene en la esperanza del reencuentro final con él.

2. HACER MEMORIA DE JESÚS

Jesús crea un clima especial en la cena de despedida que comparte con los suyos la víspera de su ejecución. Sabe que es la última. Ya no volverá a sentarse a la mesa con ellos hasta la fiesta final junto al Padre. Quiere dejar bien grabado en su recuerdo lo que ha sido siempre su vida: pasión por Dios y entrega total a todos.

Esa noche lo vive todo con tal intensidad que, al repartirles el pan y distribuirles el vino, les viene a decir estas palabras memorables: «Así soy yo. Os doy mi vida entera. Mirad: este pan es mi cuerpo roto por vosotros; este vino es mi sangre derramada por todos. No me olvidéis nunca. Haced esto en memoria mía. Recordadme así: totalmente entregado a vosotros. Esto alimentará vuestras vidas».

Para Jesús es el momento de la verdad. En esa cena se reafirma en su decisión de ir hasta el final en su fidelidad al proyecto de Dios.

Seguirá siempre del lado de los débiles, morirá enfrentándose a quienes desean otra religión y otro Dios olvidado del sufrimiento de la gente. Dará su vida sin pensar en sí mismo. Confía en el Padre. Lo dejará todo en sus manos.

Celebrar la eucaristía es hacer memoria de este Jesús, grabando dentro de nosotros cómo vivió él hasta el final. Reafirmarnos en nuestra opción por vivir siguiendo sus pasos. Tomar en nuestras manos nuestra vida para intentar vivirla hasta las últimas consecuencias.

Celebrar la eucaristía es, sobre todo, decir como él: «Esta vida mía no la quiero guardar exclusivamente para mí. No la quiero acaparar solo para mi propio interés. Quiero pasar por esta tierra reproduciendo en mí algo de lo que él vivió. Sin encerrarme en mi egoísmo; contribuyendo desde mi entorno y mi pequeñez a hacer un mundo más humano».

MISA ABIERTA A TODOS

Nosotros hablamos de «misa» o de «eucaristía». Pero los primeros cristianos la llamaban «la cena del Señor» y también «la mesa del Señor». Tenían todavía muy presente que celebrar la eucaristía no es sino actualizar la cena que Jesús compartió con sus discípulos la víspera de su ejecución. Pero, como advierten hoy los exegetas, aquella «última cena» fue solo la última de una larga cadena de comidas y cenas que Jesús acostumbraba a celebrar con toda clase de gentes.

Las comidas tenían entre los judíos un carácter sagrado que a nosotros hoy se nos escapa. Para una mente judía, el alimento viene de Dios. Por eso la mejor manera de tomarlo es sentarse a

la mesa en actitud de acción de gracias, compartiendo el pan y el vino como hermanos. La comida no es solo para alimentarse, sino el momento mejor para sentirse todos unidos y en comunión con Dios, sobre todo el día sagrado del sábado en que se come, se canta, se escucha la Palabra de Dios y se disfruta de una larga sobremesa.

La comida no es solo para alimentarse, sino el momento mejor para sentirse todos unidos y en comunión con Dios...

Por eso los judíos no se sentaban a la mesa con cualquiera. No se come con extraños o desconocidos. Menos aún con pecadores, impuros o gente despreciable. ¿Cómo compartir el pan, la amistad y la oración con quienes viven lejos de la amistad de Dios?

La actuación de Jesús resultó sorprendente y escandalosa. Jesús no selecciona a sus comensales. Se sienta a la mesa con publicanos, deja que se le acerquen las prostitutas, come con gente impura y marginada, excluida de la Alianza con Dios. Los acoge no como moralista, sino como amigo. Su mesa está abierta a todos, sin excluir a nadie. Su mensaje es claro: todos tienen un lugar en el corazón de Dios.

Después de veinte siglos de cristianismo, la eucaristía puede parecer hoy una celebración piadosa, reservada solo a personas ejemplares y virtuosas. Parece que se han de acercar a comulgar con Cristo quienes se sienten dignos de recibirlo con alma pura. Sin embargo, la «mesa del Señor» sigue abierta a todos, como siempre.

La eucaristía es para personas abatidas y humilladas que anhelan paz y respiro; para pecadores que buscan perdón y consuelo; para gentes que viven con el corazón hambriento de amor y amistad.

Jesús no viene al altar para los justos, sino para los pecadores; no se ofrece solo a los sanos, sino a los enfermos.

REAVIVAR LA CENA DEL SEÑOR

Los estudios sociológicos lo destacan con datos contundentes: los cristianos de nuestras iglesias occidentales están abandonando la misa dominical. La celebración, tal como ha quedado configurada a lo largo de los siglos, ya no es capaz de nutrir su fe ni de vincularlos a la comunidad de Jesús.

Lo sorprendente es que estamos dejando que la misa «se pierda» sin que este hecho apenas provoque reacción alguna entre nosotros. ¿No es la eucaristía el centro de la vida cristiana? ¿Cómo podemos permanecer pasivos, sin capacidad de tomar iniciativa alguna? ¿Por qué los creyentes no manifestamos nuestra preocupación con más fuerza y dolor?

La desafección por la misa está creciendo incluso entre quienes participan en ella de manera incondicional. Es la fidelidad ejemplar de estas minorías la que está sosteniendo a las comunidades, pero, ¿podrá la misa seguir viva solo a base de medidas protectoras que aseguren el cumplimiento del rito actual?

Las preguntas son inevitables: ¿no necesita la Iglesia en su centro una experiencia más viva y encarnada de la cena del Señor que la que ofrece la liturgia actual? ¿Estamos tan seguros de estar haciendo hoy bien lo que Jesús quiso que hiciéramos en memoria suya?

¿Es la liturgia que nosotros venimos repitiendo desde hace siglos lo que mejor puede ayudar en estos tiempos a los creyentes

a vivir lo que vivió Jesús en aquella cena memorable donde se concentra, se recapitula y se manifiesta cómo y para qué vivió y murió el Señor? ¿Es la que más nos puede atraer a vivir como discípulos suyos al servicio de su proyecto del reino del Padre?

Hoy todo parece oponerse a la reforma de la misa. Sin embargo, cada vez será más necesaria si la Iglesia quiere vivir del contacto vital con su Señor. El camino será largo. La transformación será posible cuando la Iglesia sienta con más fuerza la necesidad de recordar a Jesús y de vivir de su Espíritu. Por eso también ahora lo más responsable no es ausentarse de la misa, sino contribuir a la conversión a Jesucristo.

COMULGAR CON JESÚS

«Dichosos los llamados a la cena del Señor». Así dice el sacerdote mientras muestra a todo el pueblo el pan eucarístico antes de comenzar su distribución. ¿Qué eco tienen hoy estas palabras en quienes las escuchan?

Muchos, sin duda, se sienten dichosos de poder acercarse a comulgar para encontrarse con Cristo y alimentar en él su vida y su fe. Bastantes se levantan automáticamente para realizar una vez más un gesto rutinario y vacío de vida. Un número importante de personas no se sienten llamadas a participar y tampoco experimentan por ello insatisfacción alguna.

Y, sin embargo, comulgar puede ser para el cristiano el gesto más importante y central de toda la semana, si se vive con toda su expresividad y dinamismo.

La preparación comienza con el canto o recitación del padrenuestro. No nos preparamos cada uno por nuestra cuenta para comulgar individualmente. Comulgamos formando todos una familia que, por encima de tensiones y diferencias, quiere vivir fraternalmente invocando al mismo Padre y encontrándonos todos en el mismo Cristo.

No se trata de rezar un «padrenuestro» dentro de la misa. Esta oración adquiere una profundidad especial en este momento.

No se trata de rezar un «padrenuestro» dentro de la misa. Esta oración adquiere una profundidad especial en este momento. El gesto del sacerdote, con las manos abiertas y alzadas, es una invitación a adoptar una actitud confiada de invocación. Las peticiones resuenan de manera diferente al ir a comulgar: «danos el pan» y alimenta nuestra vida en esta comunión; «venga tu reino» y venga Cristo a esta comunidad; «perdona nuestras ofensas» y prepáranos para recibir a tu Hijo...

La preparación continúa con el abrazo de paz, gesto sugestivo y lleno de fuerza, que nos invita a romper los aislamientos, las distancias y la insolidaridad egoísta. El rito, precedido por una doble oración en que se pide la paz, no es simplemente un gesto de amistad. Expresa el compromiso de vivir contagiando «la paz del Señor», curando heridas, eliminando odios, reavivando el sentido de fraternidad, despertando la solidaridad.

La invocación «Señor, yo no soy digno...», dicha con fe humilde y con el deseo de vivir de manera más fiel a Jesús, es el último gesto antes de acercarnos cantando a recibir al Señor. La mano extendida

y abierta expresa la actitud de quien, pobre e indigente, se abre a recibir el pan de la vida.

El silencio agradecido y confiado que nos hace conscientes de la cercanía de Cristo y de su presencia viva en nosotros, la oración de toda la comunidad cristiana y la última bendición ponen fin a la comunión. ¿No se reafirmaría nuestra fe si acertáramos a comulgar con más hondura?



Viernes Santo

1. LA CRUZ COMO SEGUIMIENTO DE CRISTO

Empecemos por recordar que la cruz cristiana solo se entiende en su contenido más genuino a partir del seguimiento fiel a Jesucristo y del servicio a la causa del reino. Jesús llama a sus discípulos a seguirle poniéndose incondicionalmente al servicio del reino de Dios. La cruz no es sino el sufrimiento que se producirá en la vida del discípulo como consecuencia de ese seguimiento, el destino doloroso que habrá de compartir con Cristo si sigue realmente sus pasos. «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mc 8,34). La cruz brota en la vida del cristiano como consecuencia de ese seguimiento fiel a Cristo.

Esta sencilla y elemental observación es de suma importancia. Hoy se llama fácilmente *cruz* a cualquier cosa que hace sufrir, incluso a sufrimientos que aparecen en nuestra vida generados por nuestro propio pecado o nuestra manera equivocada de vivir. En realidad, no hemos de confundir la cruz con cualquier desgracia, contrariedad o malestar que encontremos en la vida. D. Bonhöffer lo recuerda de manera clara y precisa. «La cruz no es mal y el destino penoso, sino el sufrimiento que resulta para nosotros únicamente del hecho de estar vinculados a Jesús… La cruz es un sufrimiento vinculado no a la existencia natural, sino al hecho de ser cristianos».

Lo que sucede es que, cuando el cristianismo se convierte en *seguridad religiosa* ante Dios, y los cristianos olvidan el seguimiento a Jesús y el servicio a la causa del Reino, *la cruz* se desplaza y

viene a ser confundida con el mal cotidiano, las contrariedades y los sufrimientos normales de la vida. Una recuperación genuina de la cruz cristiana solo es posible desde una espiritualidad de seguimiento del Crucificado.

Por otra parte, tampoco hemos de identificar la cruz con el sufrimiento vivido de cualquier forma. El sufrimiento es *cruz cristiana* cuando es vivido con el espíritu y la actitud con que Cristo lo vivió. *Llevar la cruz* de Cristo es sufrir en comunión con él, asumiendo con su mismo espíritu los sufrimientos que se siguen de una adhesión concreta y responsable a su persona y a su causa. Es este seguimiento fiel el que introduce en la cruz genuina de Cristo.

Desde esta actitud de seguimiento hemos de entender ese *renegarse a sí mismo* que Jesús pide al discípulo. *Negarse a sí mismo* no significa sin más mortificarse, castigarse a sí mismo y, menos aún, anularse o autodestruirse a sí mismo y, menos aún, anularse o autodestruirse. Nunca se ha de confundir la cruz con actuaciones masoquistas que Jesús nunca alentó. *Negarse a sí mismo* es olvidarse de uno mismo y de sus propios intereses para fijar la existencia en ese Jesús al que se desea seguir. Liberarse de uno mismo para adherirnos radicalmente a él. «El seguimiento exige la más total y absoluta libertad del creyente con relación a sí mismo». La mortificación ha de tener, sin duda, un lugar importante en la vida de quien sigue a Jesús. Pero no cualquier mortificación sino aquella que va liberando a la persona de su egocentrismo, su comodidad o su cobardía para seguir más fielmente a Cristo.

Si la cruz sólo se entiende y se vive cristianamente desde el seguimiento fiel a Jesucristo, hemos de analizar en qué ha consistido la cruz de Jesús y cómo la ha vivido.

Poema

Me duele el grito de los hombres… ¿le oyes?



Un grito, como un pueblo
Se ha agarrado a tu corazón amigo.
Es el hombre que llora
y sus lágrimas
Han mojado tus mejillas gota a gota.
Sabe amargo el llanto;
sabe a rabia y a odio,
a limitación y a miedo,
a vacío y a nada,
Dios,
me duele la vida de los hombres,
me duele
su corazón confundido en la mentira.
Es un grito en la noche,
es el hombre que vive y muere,
es el hombre cansado y solo,
es el hombre obra de tus manos.
Ha vuelto a ti hecho grito ahora.
Deja su grito como eco en ti
que emborrache tu corazón de su pecado
y escúchale hecho canto.
Es su canto.
Es el hombre.

2. ACTITUD CRISTIANA ANTE EL SUFRIMIENTO

El sufrimiento se le ofrece al ser humano como una posibilidad. En esta situación dolorosa la persona puede adoptar una postura u otra. Ha de decidir qué quiere ser y qué quiere vivir en ese sufrimiento. El mal está ahí, inevitable, ciego, absurdo. La persona puede darle un sentido u otro según su actitud. El mal que no es vivido interiormente queda en puro acontecimiento, un hecho bruto, algo que está ahí, pero no quedará integrado en la construcción de la persona. Más aún, el sufrimiento vacío de sentido y de animación interior puede destruir y anular al ser humano.

El cristiano, concretamente, acepta el sufrimiento como una experiencia en la que puede vivir la actitud de Cristo en la cruz. Como veíamos más arriba, el cristiano, lo mismo que Jesús, *lucha* contra el sufrimiento, no lo hace ni para los demás ni para sí mismo, pero *lo acepta* cuando es inevitable o cuando, para eludirlo, ha de abandonar el seguimiento a Cristo. Pero, hemos de entender bien esta «aceptación cristiana» del mal.

Aceptar cristianamente el sufrimiento no significa doblegarse ante el mal sólo porque es más fuerte que nosotros. Esto podría ser una postura estoica o fatalista, pero no es la actitud ni el espíritu que animó a Jesús a aceptar la cruz. Lo que hace cristiana a la persona no es su fortaleza ante el mal, sino la comunión con el crucificado. El cristianismo lucha contra el mal del que se siente víctima. Y luchar es, a menudo, protestar, gritar, llorar. Pero esta protesta se transforma y cambia de signo cuando el cristiano, lo mismo que Jesús, expone su queja al mismo Dios. El creyente se siente con derecho para protestar contra Dios, precisamente porque este

mal que padece contradice su fe en un Dios totalmente inocente que solo quiere el bien de sus hijos. P. Ricoeur juzga que, cuando nace de la fe, «la acusación contra Dios es la impaciencia de la esperanza».

Aceptar cristianamente el sufrimiento no es tampoco hacer rápidamente resignación viendo en aquel mal un castigo o una prueba. El seguidor de Cristo no entra por el camino de la autoacusación, ni por el de la búsqueda de méritos ante Dios. No cae tampoco en la trampa de soñar con verse libre de todo sufrimiento, incluso, verse libre de la muerte. Acepta su finitud y caducidad. Acepta su ignorancia ante el mal inexplicable, y se confía en Dios. Este abandono confiado consiste en «*confiarle mi protesta* ante este exceso del mal que supera mi inteligencia, *y confiarle también mi lucha personal* y colectiva contra el mal».

Aceptar cristianamente el sufrimiento no es tampoco amar el sufrimiento. S. Weil habla del sufrimiento como tinieblas «*donde no hay nada que se pueda amar*». El creyente, lo mismo que Jesús, no ama el sufrimiento. Lo acepta como parte inevitable de su gran sí a la vida. Lo que el creyente afirma es la vida, y por eso la acepta también con su vertiente oscura y dolorosa. Y lo que busca es que el mal no sea destrucción definitiva, *sino camino* de vida.

El creyente, lo mismo que Jesús, no ama el sufrimiento. Lo acepta como parte inevitable de su gran sí a la vida.

Aceptar cristianamente el sufrimiento es comulgar con Cristo crucificado, seguirle en su doble actitud de comunión y fidelidad radical al Padre, y de comunión y solidaridad con los hombres. No

encerrarse en la fatalidad del propio destino, abrir la brecha, no renunciar al amor «dejar un espacio a mis hermanos y a Dios».

En primer lugar, *comunión con Dios*. Abandono confiado en el Padre, que significa aceptar que yo no soy Dios, no puedo darme la vida a mí mismo, sólo la puedo recibir de él. En el sufrimiento, quien camina tras los pasos de Jesús sigue amando a Dios, no a un Dios que le envía sufrimiento y dolor, sino a un Dios que está junto a él ayudándole frente al mal, buscando también entonces el mayor bien posible. «Lo peor es cuando el alma, en estas tinieblas donde no hay nada que amar, deja de amar, porque entonces la ausencia de Dios se hace definitiva». Cuando en el sufrimiento el ser humano deja de amar comienza a autodestruirse.

En segundo lugar, *comunión con los hermanos*. En el sufrimiento el cristiano puede comulgar con «el hombre doliente», con todos los hombres y mujeres que sufren. Y puede comulgar, no con palabras y hermosas teorías, sino de manera vida y encarnada, padeciendo, compartiendo el sufrimiento, amando desde el dolor.

Vivida así, la experiencia de la cruz puede convertirse –como en el caso de Cristo– en el lugar existencial más auténtico para vivir el amor a Dios y al hombre, pues, en el sufrimiento, ese amor no está sostenido por una experiencia gozosa. Es «amar en el vacío» (S. Weil). Ese amor no es reacción a una dicha que se experimenta previamente. El que ama desde el interior del sufrimiento, ama más allá de toda experiencia gozosa, ama en la ausencia de felicidad inmediata. «El alma debe continuar amando en el vacío, o, al menos, queriendo amar, aunque sea solamente con la parte más diminuta de ella misma. Entonces, un día, se acerca Dios mismo y se muestra a ella».

Este amor se vive a veces en la oración, pero muchas veces en el silencio. Ya no es tiempo de palabras, ni hay fuerzas ni ánimo alguno. Sólo silencio ante Dios. No un silencio «*ateo*», vacío, sin fondo, sino otro silencio diferente, confiado, humilde, abierto a Dios. Un silencio que es oración.

El cristiano no sufre la cruz como vencido por el mal, derrotado por lo absurdo. Una esperanza final ilumina su experiencia dolorosa. En el horizonte está ese Dios que ha resucitado al Crucificado. El mal no es signo de la ausencia e indiferencia de Dios. En los momentos de máximo absurdo e impotencia, Dios está. Está ahí, de nuestro lado, junto a nosotros, como un Padre que se hace presente calladamente en nuestro sufrimiento para conducir nuestra historia dolorosa hacia la vida eterna. Un día, cuando «Dios sea todo en todos» (1Cor 15, 26.28), la felicidad no será utopía. Los hombres la conocerán. Dios «enjugará las lágrimas de sus ojos, ya no habrá muerte ni luto ni llanto ni dolor, pues lo de antes ha pasado» (Ap 21,4).



Poema

María

De pie junto a la cruz de Jesús, tu hijo.
Roca clavada en el monte.
Altar labrado en piedra, una a una.
Mártir de la nueva pascua.
Testigo del paso hacia el Padre,
rasgando tiniebla pesada.
Firme, cuando las piedras se abren,
cuando el viento, la lluvia, resbalan.
Sobre la carne hecha girones,
como el velo del templo, rasgada.
Eres casa erguida en la roca,
enfrentando la furia de las aguas.
Eres dolor apuñado en racimo,
como espiga en el surco.
Señor que espera el día.
De la primera mañana.
Señora, Madre de Cristo
de la arena liberada.
Eres fiel como la hoja
agarrada a cada rama
esperando flor y fruto,
esperando ser cortada.

Domingo de Resurrección

esperar contra toda esperanza

1. LA RESURRECCIÓN DE CRISTO FUNDAMENTO DE ESPERANZA

Nuestra esperanza tiene un nombre: Jesucristo. Se funda en un hecho: su resurrección. Todo lo que se encierra en la esperanza del cristiano, capaz de «esperar contra toda esperanza», nace del crucificado que ha sido resucitado por Dios. El principio-esperanza del cristiano tiene su fundamento, su principium en ese acontecimiento y en la historia de esperanza abierta por él. Solo desde Cristo resucitado se nos revela el futuro último que podemos esperar para la humanidad, el camino que puede llevar al hombre a su verdadera plenitud, el camino que puede llevar al hombre a su verdadera plenitud y la garantía última ante el fracaso, la injusticia y la muerte.

La resurrección de Cristo abre para toda la humanidad un futuro de vida plena. Cristo resucitado por el Padre, solo es «el primero que ha resucitado de entre los muertos». (Col 1,18). Él se nos ha anticipado a todos para recibir del Padre una vida definitiva que nos está también reservada a nosotros. Su resurrección es fundamento y garantía de la nuestra. «Dios que resucitó al Señor, también nos resucitará a nosotros por su fuerza» (1Cor 6,14). La muerte no tiene la última palabra. El hambre, las guerras, los genocidios, las limpiezas étnicas no constituyen el horizonte último de la historia. El sida, la metralleta, el cáncer no terminan con el

hombre. El ser humano puede esperar algo más que lo que brota de las posibilidades mismas del hombre y del mundo.

La resurrección de Cristo genera, al mismo tiempo, esperanza en una justicia última. Dios no está dispuesto a que «el verdugo triunfe sobre sus víctimas». M. Horkheimer). La resurrección de Cristo nos revela que Dios está de parte del crucificado y frente a sus crucificadores. Él pone su justicia última donde los hombres ponen injusticia y violación. La resurrección es la última palabra de Dios sobre el destino final de los maltratados. La miseria, el paro, la humillación. La explotación no es la realidad definitiva de sus idas. «Esta es la gran esperanza del mundo de la marginación». Quien, movido por el Espíritu de Jesús, trabaja por ser justo y humano, incluso en medio de abusos e injusticias, un día conocerá la justicia. Quien, siguiendo a Jesús, lucha por un mundo más justo y solidario, un día lo conocerá.

La resurrección de Cristo nos revela, sobre todo, que hay perdón para el hombre. «En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres». (2 Cor 5, 19). El saludo del resucitado es de paz y no de venganza. Por eso, podemos mirar de frente a nuestras propias injusticas y pecados, sin caer en ese «delirio de inocencia» (J.B. Metz) y esa irresponsabilidad del hombre contemporáneo que pretende siempre culpabilizar a otros sin confesar él mismo pecador. Por parte de Dios, siempre hay oferta de perdón y liberación de la culpa. Donde abunda el pecado del hombre sobreabunda la gracia de Dios (Rom 5,20). Todo pecador que vuelva a Él y, movido por el Espíritu de Jesús, le invoque confiadamente como Padre, no quedará defraudado. Tomará parte en la fiesta final. (Lc 15,32).

De la resurrección de Cristo nace pues, antes que nada, una esperanza. Sin duda, los cristianos hemos de preguntarnos quién fue Jesús de Nazaret, pues solo siguiendo sus pasos ca minamos hacia su destino último; hemos también de plantearnos qué exigencias concretas tiene para nosotros hoy su persona y su mensaje, pues solo en el seguimiento y la fidelidad comulgamos con su Espíritu; pero la pregunta decisiva es qué podemos esperar de él, qué posibilidades concretas se encierran en Cristo resucitado para la historia humana. Cristo es «nuestra esperanza» (1Tim 1,1). Desde esa esperanza aprendemos los cristianos a creer en Dios y a desentrañar el sentido último del hombre.

EL DIOS DE LA ESPERANZA

Este es el verdadero nombre de Dios. Su realidad última tal como se nos revela en la resurrección de Jesús. En Cristo se nos ha descubierto que «Dios es amor» (1Jn 4,8), pero amor resucitador. Por eso, Dios es para nosotros «el Dios de la Esperanza» (Rom 15,13). No sólo el creador que, en los orígenes, pone en marcha la vida, sino el recitador que, al final, realiza «la nueva creación». Dios está al comienzo y al final. Por eso nosotros «no ponemos nuestra confianza en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos» (2Cor1,9).

Desde esta perspectiva, podemos decir que lo propio de Dios es, sobre todo, el futuro último. Dios está presente en nuestra vida prometiendo, garantizando y abriendo futuro. Más que dentro de nosotros o encima, a Dios lo tenemos delante de nosotros.

Ya en la historia de Israel, Yavé es «es el Dios del Éxodo», el que orienta a los hombres hacia lo que todavía no es; «el Dios de la

promesa», que impulsa al pueblo hacia un futuro nuevo, una «tierra nueva». El Dios de Jesucristo es «el Dios de la resurrección», el que, desde Cristo resucitado n os abre camino hacia nuestro «futuro último». En ese Dios creemos los cristianos. «El Dios que da vida a los muertos y llama a lo que no es para que sea» (Rom 4,17).

Dios no descansará hasta que la vida que nació de su amor insondable de Padre venza definitivamente a la muerte, y aparezca «la nueva creación» en todo su esplendor. No se revelará plenamente como Dios Salvador hasta que el hombre alcance su«humanización plena». Su justicia y su perdón no se manifestarán en plenitud hasta que «Dios sea todo en todos» (cf 1Cor 15,28). Mientras tanto, todo se encuentra en camino: la acción salvadora de Dios, la fuerza transformadora de la resurrección de la nueva humanidad. Y Dios está ahí: «Eterna presencia del triunfo de Cristo crucificado».

EL HOMBRE TIENE FUTURO

Con la resurrección de Cristo, Dios introduce en la historia humana algo que debe ser captado como nuevo. Algo que no se le puede deducir de las leyes generales de la historia o del progreso humano. Un futuro nuevo que «revoluciona y transforma las pobres expectativas humanas». No se trata de una posibilidad nueva dentro del mundo y de la historia, algo que el hombre puede lograr con su esfuerzo, mediante la racionalidad científica y técnica, sino la nueva posibilidad que Dios ofrece al mundo y que el hombre puede acoger como gracia. «La resurrección de Cristo no significa un proceso posible en la historia del mundo sino el proceso escatológico de esa historia».

Las nuevas posibilidades abiertas por la resurrección obligan a mirar y comprender la historia de manera nueva. En la historia humana no todo son datos, medidas y fechas. El futuro del hombre no se reduce a proyectos, programas y extrapolaciones que, a veces, generan optimismo y, otras, pesimismo. El espacio para la esperanza cristiana desborda todo lo que puede ser proyectado y preparado por el hombre. Por eso, la esperanza que brota de Cristo resucitado puede mantenerse y crecer «contra toda esperanza» (Rom 4,18), incluso en momentos de crisis, incertidumbre y pesimismo.

Desde esta esperanza cristiana, cualquier momento de la historia es siempre un tiempo que no contiene todavía toda la justicia, la liberación y la vida que le esperan al hombre. Nunca estamos en «mejor de los mundos». Todo se puede mejorar y transformar, orientándolo hacia ese futuro prometido en la resurrección. La historia no ha acabado. Siempre es posible el cambio, la transformación, la lucha por una humanización más plena.

LA ESPERANZA CRISTIANA HOY ENRAIZADA EN CRISTO

PERFIL DE LA ESPERANZA CRISTIANA HOY

Sin duda, la esperanza cristiana es la misma a lo largo de los siglos, pero adquiere una configuración propia en cada época en la medida en que es vivida en situaciones nuevas y frente a nuevas tentaciones. Apuntamos algunos rasgos más significativos hoy.

ENRAIZADA EN CRISTO

La esperanza hoy como siempre no es virtud de un instante, reacción de un momento. Es una actitud permanente, un estilo de vida. La forma de enfrentarse a la vida, propia del cristiano. Naturalmente, el cristiano no es distinto a los demás. Como todo ser humano, conoce el mal, la frustración, los problemas, la crisis, la incertidumbre. Lo que le caracteriza es su manera de enfrentarse a esa vida desde la esperanza en Cristo. Si pierde esta esperanza, lo pierde todo. Ya no es cristiano.

Esta esperanza no se basa en cálculos provenientes de un análisis de la realidad. No es el optimismo que puede nacer de unas perspectivas halagüeñas sobre el porvenir. Tampoco se trata de un olvido ingenuo de los problemas. La esperanza cristiana es el estilo de vida de quienes se enfrentan a la realidad «enraizados y edificados» en Jesucristo (Col 2,6). Ya que habéis aceptado a Cristo Jesús como Señor, vivid como cristianos: enraizados en él, id construyéndoos sobre él; apoyados en la fe tal como os enseñaron, rebosando agradecimiento» (Col 2,6).

Nuestra primera tarea para recuperar la esperanza ha de ser «enraizar» nuestra vida en Cristo resucitado. Todo puede ir peor, en nuestra vida personal y en la sociedad; se pueden desmoronar nuestras expectativas y seguridades; puede llegar la oscuridad, el dolor o la vejez. Lo importante es que «el hombre interior» que vive de la fe, no se desmorone. «Aunque nuestro exterior se vaya desmoronando, nuestro interior renueva de día en día» (2Cor 4,16).

La esperanza cristiana no tiene otros cimientos. El análisis de la realidad puede producir optimismo en un momento determinado; la solución de los problemas puede darnos cierta tranquilidad,

aunque sea pasajera. La esperanza nace del Señor. Lo mismo hay que decir dentro de la comunidad eclesial. La búsqueda de cohesión en la ortodoxia, el atrincheramiento en el propio grupo cristiano, las medidas disciplinares pueden generar cierta seguridad. La esperanza solo brota del Señor.

«Mire cada cual como está construyendo. Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto: Jesucristo» (1Cor 3, 10-11).

«Cristo es nuestra esperanza» (1 Tim 1,1) «Desde esa esperanza aprendemos los cristianos a creer en Dios y a desentrañar el sentido último del hombre».

2. ESPERANZA CRUCIFICADA

La esperanza cristiana no es virtud propia de los momentos fáciles. Al contrario, crece, se purifica y consolida en el mal y frente al mal. Es una esperanza crucificada. Son precisamente los momentos de crisis y de prueba los que mejores posibilidades ofrecen para vivir la esperanza con realismo. «A vosotros se os ha concedido el privilegio de estar del lado de Cristo, no solo creyendo en él, sino sufriendo por él» (Flp 1,30).

Siempre ronda al creyente la tentación de vaciar su vida de cruz e invocar a Dios para que lo libere del sufrimiento propio de esta condición humana y lo transporte a la «felicidad sin sombra». Hemos de recordar a Jesús que, en el momento decisivo, renuncia a llamar a Dios para que lo libre de la cruz. El Dios cristiano no es el Dios todopoderoso que nos arranca fuera de la historia y nos transporta como por arte de magia, a la vida eterna. Es el «Dios de la esperanza» en el que confiamos desde la crucifixión. El camino real hacia la resurrección es la cruz.

Esta esperanza cristiana es posible cuando el creyente aprende a relativizar el mal, es decir, a no absolutizarlo, a ponerlo en relación con el futuro último, a situarlo en su verdadero lugar, a vivirlo en sus verdaderas dimensiones: «Estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros» (Rom 8,18). Por otra parte, esta esperanza se vive prácticamente descubriendo que no hay ninguna situación, por muy difícil que sea, que no esté abierta al amor de Dios. No hay sufrimiento, problema, crisis, ni siquiera pecado, que no pueda convertirse en posibilidad de crecimiento y renovación. En la vida siempre hay salida. Así dice el resucitado: «He abierto ante ti una puerta que nadie puede cerrar» (Ap 3,8).

Esta esperanza crucificada crea todo un estilo de vida que san Pablo describe así: «Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan; llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, para que también la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo» (2Cor 4,8-10). Desde esta perspectiva, incluso los fracasos pueden ser un acicate para seguir esperando con lucidez. El fracaso lo sufre quien se compromete. Por eso, puede ser aguijón que mueve a reaccionar, corregir equivocaciones y pecados, y seguir caminando confiados en el Señor. También, los fracasos y sufrimientos en la tarea evangelizadora. «Por este motivo (anuncio del evangelio) estoy soportando estos sufrimientos; pero no me avergüenzo, porque yo sé bien en quién tengo puesta mi fe». (1Tim 1,12).

Poema

La lucha no es violencia; Violencia es tu bondad

Este corazón del hombre
con banderas de dominio.
Este corazón inquieto
que dice a cada paso es mío
este corazón en lucha
con dimensión de barro y de infinito.
Este corazón violento
se muere de calor y de frío.
Señor, el mundo está en llamas,
Y es guerra y alvo de tiros,
siempre el hermano sangrando
para que el hombre se palpe a sí mismo.
La violencia, Señor, es la fuerza
del corazón del hombre dolorido.
Es el grito del hombre en la noche
y es la noche del hombre hecha grito.
Dichoso el hombre que es bueno
y hace del hermano, amigo.
Dichoso el hombre que deja
la paz y el bien como signo,
de tu bondad y belleza,
de tu verdad y cariño.
Señor de lo sencillo y lo dulce,
Del verde ramo de olivo.

Semana Santa
Conclusión

EL DESIGNIO DE DIOS

Pablo llamaba al hombre resucitado cuerpo-espiritual. Con ellos se refería al hombre entero alma-cuerpo, pero totalmente realizado y lleno de Dios. ¿Cómo llamaríamos nosotros al hombre resucitado? Tal vez, el hombre revelado totalmente. Con la resurrección se revela como ya realizado el verdadero hombre que iba creciendo dentro de la situación terrenal, el que Dios pretendió verdaderamente cuando lo introdujo en el proceso de desarrollo. El hombre verdadero, en su radical potencia, es solo el hombre de las postrimerías, en él se ha revelado el designio de Dios sobre la naturaleza humana, que consiste en hacerla participar de su divinidad con toda la realidad que le es propia del cuerpo abierto a la totalidad. El hombre atado a las categorías de este mundo y vive en la condición, de justo y pecador simultáneamente.

La muerte lo libera y le posibilita una penetración más profunda en el corazón del universo.

Por la resurrección en la muerte, participa del Cristo resucitado y universal.

Un bello ejemplo del designio de Dios.

Al término de la vida terrenal, el hombre deja tras sí un cadáver. Es como el capullo que ha hecho la salida radiante de la crisálida y de la mariposa que ya no se ve aherrojada por los limites estancos

del capullo, sino abierta al amplio horizonte de toda realidad. A la pregunta fundamental ¿Qué será del hombre?, ¿Qué podemos esperar?, la fe responde jubilosa: la vida eterna del hombre-cuerpo-espíritu en comunión intima con Dios, con los demás y con todo el universo. «pasa ciertamente la figura de este mundo deformada por el pecado, nos advierte el Vaticano II, pero sabemos que Dios nos prepara una morada nueva y una tierra nueva. En ella habita la justicia y su felicidad colmará y supera todos los anhelos de paz que brotan en los corazones de los hombres. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo…, y toda la creación que Dios hizo por el hombre será liberada de la servidumbre de la vanidad…»

«El reino ya está presente, en misterio, aquí en la tierra. Al llegar el Señor, se consumará.»

¡Qué consoladoras suenan las palabras del prefacio de la misa de difuntos que resumen todo lo anterior! «En Cristo brilla la esperanza de nuestra feliz resurrección. Y así, aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad».

«Porque la vida de los que en Ti creemos, Señor no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos un puesto eterno en el cielo».



VENERABLE MADRE EMILIA DE SAN JOSÉ

Proceso de Beatificación



Oración por su Beatificación

Santísima Trinidad, te damos gracias por el ejemplo admirable que nos diste en la Venerable Sierva de Dios, Madre Emilia de San José, ella que supo reconocerte en la persona de los enfermos y necesitados con una fe profunda, una esperanza firme y una ardiente caridad. Dígnate glorificarla con el honor de los altares, y concédenos seguir sus ejemplos y la gracia que por su intercesión te pedimos, a mayor honra y gloria tuya. Amén. (Se hace la petición) Padrenuestro, Ave María y Gloria. (Con licencia eclesiástica)

Venerable Madre Emilia de San José
-Caridad en Acción-
Fundadora de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía
Ante una grave enfermedad invóquela y haga esta Novena pidiendo por si intercesión.
Si obtiene un favor escriba a: causabeatiemilia@gmail.com
WhatsApp: 0414 151 0025 / 0414 013 4841
@madremiliadesanjose
@venerablemadremiliadesanjose



Si tenemos en cuenta la frecuencia de los trastornos que están ocurriendo en la Tierra, especialmente el creciente calentamiento global, sumado al hecho de que los negacionistas, como el presidente Trump, son poderosos, cabe preguntarnos seriamente si el planeta todavía es sostenible o si nos dirigimos hacia una tragedia inmensa.

Tomemos como aviso el relatorio publicado por el *Institute and Faculty of Actuaries de la Universidad de Exeter* (Reino Unido), conocido por su seriedad. Ahí se afirma: «con temperaturas 3°C por encima de los niveles preindustriales, la *mortalidad humana* podrá alcanzar a la mitad de la humanidad, cerca de cuatro mil millones de personas», no en un futuro lejano sino en algunas décadas.

Necesitamos un concepto de sostenibilidad más amplio que el del famoso Informe Brundland (1987) que solo se centraba en el ser humano y omitía la naturaleza. Propongo uno más inclusivo: *"Desarrollo sostenible es toda acción destinada a mantener las condiciones energéticas, informativas y físicoquímicas que sustentan*

a todos los seres, especialmente a la Tierra viva, la naturaleza y la vida humana para asegurar su continuidad y atender las necesidades de la generación presente y de las futuras, de tal forma que se mantenga y enriquezca el capital natural en su capacidad de regeneración, de reproducción y de coevolución".

¿Qué hacer para garantizar este tipo de sostenibilidad? Estoy convencido de que las narrativas del pasado ya no nos muestran un futuro de esperanza. Esto no significa que vayamos a desistir de mejorar la situación. El principio esperanza que arde dentro de nosotros puede proyectar utopías minimalistas que alivian la vida y preservan la naturaleza. Para eso hay que partir de abajo, del territorio, en el cual se puede construir una sostenibilidad en el marco de las condiciones ecológicas trazadas por la naturaleza, con sus selvas y bosques, sus ríos, su población con sus religiones y tradiciones. Por esta opción si podrá salvar la mitad de la humanidad de su eventual fin trágico.

Depende de nosotros si queremos cambiar o seguir por el mismo camino. Ha llegado el momento en que no tenemos otra alternativa sino creer, confiar y esperar en nosotros mismos. Tenemos que beber de nuestro propio pozo. En él están los principios y valores que, activados, podrán salvarnos. Enumero algunos de los principales.

En primer lugar, **el cuidado**. Sabemos por la reflexión antigua (mito del cuidado de Higinio) y por la moderna (Heidegger) que la esencia del ser humano reside en el cuidado, condición para vivir y sobrevivir. Si todos los elementos de la evolución no hubiesen tenido entre sí un cuidado sutil, no habría aparecido el ser humano.

Como no tiene ningún órgano especializado, necesita cuidado para vivir y sobrevivir. De la misma forma, la naturaleza si no es cuidada, se muere.



Después, los biólogos (Watson/ Crick) demostraron que el **amor** pertenece al ADN humano. Amar significa establecer una relación de comunión, de reciprocidad con todas las cosas e implica crear un lazo afectivo con ellas.

Es fundamental el valor de la **solidaridad**. La bioantropología ha mostrado que la búsqueda de los alimentos consumidos comunitariamente permitió el salto de la animalidad a la humanidad. Lo que una vez fue verdadero, vale mucho más aún en los sombríos días actuales.

Somos también seres de **compasión**: podemos ponernos en el lugar del otro, llorar con él, compartir sus angustias y no dejarlo solo nunca. Es una de las virtudes más ausentes hoy en día.

También somos **seres de creación**: continuamente estamos inventando cosas para resolver nuestros problemas. Hoy más que nunca la innovación es urgente si no queremos llegar atrasados a la salvaguarda de la vida y naturaleza.

Somos, desde la más remota antigüedad, cuando emergió el cerebro límbico hace 200 millones de años, **seres de corazón, de afecto y de sensibilidad**. En el corazón sensible reside la ternura, la espiritualidad y la ética. Hoy más que nunca debemos unir

mente y corazón, racionalidad y sensibilidad, pues todo el edificio científico se construyó colocando bajo sospecha la afectividad. Por la sensibilidad humanitaria condenamos hoy el genocidio perverso hecho a cielo abierto en la Franja de Gaza de más de 13 mil niños inocentes y de más de 60 mil civiles.

Somos, en lo más profundo de nuestra humanidad, **seres espirituales**. La espiritualidad es parte de la naturaleza humana, con el mismo derecho de ciudadanía que la inteligencia, la voluntad y la libido. La espiritualidad debe ser distinguida de la religiosidad, si bien pueden venir juntas y potenciarse, pero no necesariamente. *La espiritualidad natural* es, sin embargo, más originaria. La religiosidad supone y se alimenta de la espiritualidad. La espiritualidad vive del amor incondicional, de la solidaridad, de la compasión, del cuidado de los más frágiles y de la naturaleza. Más aún, como seres espirituales somos capaces de identificar aquella Energía vigorosa y amorosa que sustenta todas las cosas y todo el universo, ante la cual podemos abrirnos reverentemente. O integramos la espiritualidad natural, viviendo como hermanos y hermanas junto con la naturaleza o nos condenamos a repetir el pasado con todos los peligros que amenazan hoy nuestra existencia.

Una eco-civilización fundada sobre tales valores y principios puede garantizar la sostenibilidad de la Casa Común. Dentro de ella se encuentran los distintos mundos culturales que pueden y deben convivir pa-

La espiritualidad vive del amor incondicional, de la solidaridad, de la compasión, del cuidado de los más frágiles y de la naturaleza.

cíficamente. ¿Una utopía? Sí, pero una utopía necesaria si es que todavía queremos tener un futuro sostenible junto con la Madre Tierra.

Leonardo Boff
ha escrito *El doloroso parto de la Madre Tierra: una sociedad de fraternidad y de amistad social*, Vozes 2021





UN PLANETA CUBIERTO DE VENDITAS Y DE ESPARADRAPO

Una de las preocupaciones centrales de hoy día en la geopolítica es cómo enfrentar el calentamiento global. Todo indica que hemos entrado en una nueva era geológica, la era del cambio climático generalizado, causado por el calentamiento creciente del planeta. Científicos del área confiesan que no estamos en condiciones de hacer retroceder este proceso. Nos es posible advertir de la llegada de los eventos extremos y minimizar sus efectos perjudiciales.

Para intentar evitar que el calentamiento supere 1,5°C, lo que ya ha ocurrido, se ha organizado un esfuerzo gigantesco de descarbonización del proceso productivo. Pero este esfuerzo, no obstante las innumerables sesiones de COPs, no ha producido hasta hoy ningún resultado significativo. Y no va a producirlo nunca mientras no se plantee la verdadera cuestión:

¿Cual es el tipo de relación que las sociedades mundiales (salvaguardados los pueblos originarios que surfean sobre otra ola) establecen con la naturaleza? ¿Es una relación de sinergia, de cuidado y de respeto o de simple y pura explotación? Esta última es la que domina desde hace siglos. Y aquí reside el verdadero problema.

No se busca curar la herida solo ocultarla mediante la aplicación de venditas u otras medidas meramente paliativas.

Las heridas en el cuerpo de la Madre Tierra provocadas por la voracidad productivista se tratan con tiritas y esparadrapos. No se busca curar la herida solo ocultarla mediante la aplicación de venditas u otras medidas meramente paliativas.

El actual sistema capitalista se funda en la relación de explotación de bienes y servicios de la Tierra, en el supuesto inconsciente de que son ilimitados, y por eso se puede llevar adelante un proyecto de crecimiento ilimitado. Este se mide por el nivel de riqueza de una nación, concretado mediante el Producto Interior Bruto (PIB). Ay del país que no presente un superávit y un PIB sostenido. Corre el riesgo de recesión, con los efectos nefastos conocidos.

Si el sistema cambiara la relación con la naturaleza en el sentido de respetar sus ritmos, su capacidad de regeneración y coevolución en el proceso general cosmogénico, deberían cambiar los comportamientos, las técnicas de producción y renunciar a los niveles actuales de acumulación. Y no lo hacen. Los mantras del sistema imperante nunca cambiaron: acumulación ilimitada,

individualista, con fuerte competición y explotación al máximo de las riquezas naturales.

Sucede que estas riquezas naturales no sólo son limitadas, sino que su capacidad de soporte (la Sobrecarga de la Tierra) ha sido superada. Ahora ya el consumo de la especie, especialmente el consumismo suntuoso de las clases ricas, está exigiendo más de una Tierra y media (1,7). Y sólo tenemos esta Tierra.

Mientras no se cambie de paradigma en la relación con la naturaleza, mientras no se pase de la explotación a la sinergia y cooperación y a la búsqueda de la justa medida, serán en vano todos los encuentros mundiales buscando imponer límites al calentamiento global con todo lo que él incluye (falta de agua potable, desertificación, migración de poblaciones enteras, devastación de la biodiversidad, conflictos y guerras y otras amenazas a la vida).

La pandemia del coronavirus fue la oportunidad de replantearnos una nueva relación con la naturaleza. Pocos se preguntaron de dónde vino el virus. Vino de la deforestación y destrucción del hábitat de este y de otros virus. Pasada la crisis, volvimos al mundo anterior con más voracidad aún, sin haber aprendido nada de la señal que la Madre Tierra nos había enviado. Lo mismo está ocurriendo ahora con las grandes riadas, los incendios, los tornados, las sequías. Todas son señales que nos envía la Tierra viva y nos toca descifrar. Y no hacemos el debido esfuerzo de descifrarlas que nos exigiría cambios sustanciales. Como resultado, los eventos extremos continúan e irán en aumento poniendo en peligro miles de vidas y al límite nuestra propia existencia sobre este planeta.

Por eso rechazamos las falsas soluciones de las curitas o tiritas sobre el cuerpo de la Madre Tierra, aplicadas especialmente por aquellos que no sueltan el hueso, como las grandes corporaciones de energía fósil y del carbón presentes en todas las COPs, que hacen una ingente presión para que nada cambie realmente.

Ellos llevan un aguijón en los pies, del cual no consiguen liberarse, por eso están condenados a continuar con su lógica de acumulación, poniendo en peligro el futuro de la vida.

Pero en las grandes extinciones del pasado la vida siempre sobrevivió. Y esperamos que continúe sobre la Tierra todavía.

Leonardo Boff

ha escrito *Cuidar de la Casa Común: pistas para retrasar el fin del mundo*, Vozes 2024; *La búsqueda de la justa medida: cómo equilibrar el planeta Tierra*, Vozes 2023.

Traducción de Mª José Gavito Milano



María

Corazón fuerte en bondad derramado.
Forjado al ritmo de la luz y del amor.
Vida perdida para encontrar la vida,
manos abiertas para acoger el dolor.
Tu corazón es mar de olas partidas
Que buscan la playa extendida al sol.
Tus labios besan la herida abierta
y suavizan el rencor del corazón
eres la fuente de vasos llenos
que el hombre quita su sed de ardor.
Eres la brisa de entre dos luces
que el hombre rompe vida en tensión.
Eres la flor en cada mano
que el hombre canta la paz de Dios.
Eres la cesta de pan repleta
dada a los hombres pobres de don.
Eres, señor, madre de todos,
llama que ofrece luz de calor.
Señor, tu amor es Reino,
es casa abierta bañada al Sol.



RED MUNDIAL DE ORACIÓN DEL PAPA

Secretariado Nacional del Apostolado de la Oración

http://apostolado.org.ve/

@aposvenezuela

@aposvenezuela

www.facebook.com/apostoladovenezuela

E-mail: aporlacasta@hotmail.com

Residencia de Jesuitas, Iglesia de San Francisco,
El Silencio, Esq. Pajaritos. Caracas.

Teléfonos

Oficina 0212-832 2024 Residencia 0212-482 2442

Horario de oficina

de lunes a viernes de 9:00 am a 11:30 am

Coordinación: Leida Machado | Diseño gráfico: María Elena Ayala
Director de la Web: Humberto Santos Mijares